



LAS RUINAS DEL CASTILLO DE CALDETES,

6

EL FALSO PRÍNCIPE DE GERONA.

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia.

I.

Era el verano de 1865.

Había yo ido á Cataluña al lindo pueblo de Caldetas, para disfrutar de las frescas brisas de su deliciosa playa y sus hermosas y saludables aguas termales.

Llamábame sobremanera la atención un derruido é inmenso torreón que, plantado sobre una montaña que domina al pueblo, parecía un gigante guardador de aquella población, que en tiempos pasados debió de ser de mayor importancia, porque aun se conservan sus célebres baños con el nombre de *los baños de Titus*, situados pintorescamente á la falda de una montaña sobre la misma playa entre el camino de Caldetas á Arenis de Mar. Aquellos baños fueron fundados por los romanos.

En mis diarias escursiones á la montaña en vano preguntaba á aquellas piedras ennegrecidas por el tiempo, la historia de alguno de los varios sucesos que en el transcurso de tantos siglos debió de haber sido testigo aquel antiguo castillo, de cuyas almenas va cada día arrancando el tiempo algunos pedazos.

Nada dice la historia de Cataluña de esta antigua fortaleza.

Un pescador me contó un día una rara y curiosa tradición que, de boca en boca de los ancianos, había llegado hasta él.

Parecióme harto curiosa, y escuchando atentamente su relación sencilla y hecha con el lenguaje rústico, aunque sublime algunas veces, propio de su condición, iba formando la idea de escribir, variando casi muy poco sus palabras, una curiosa y entretenida leyenda.

Así es que de vuelta á mi casa de mis paseos á la playa, donde pasaba horas enteras, sentado sobre la arena y viendo estrellarse á mis plantas las olas del Mediterráneo, tranquilo unas veces como la superficie de un espejo, borrasco y agitado otras, levantando sus aguas en rizadas montañas, conversando con el anciano pescador, me encontré con una novela histórica enteramente concluida y de la índole de las que tantas en el período de veinte y un años con el título de *España caballerescas* hemos publicado en el MUSEO DE LAS FAMILIAS, y que con tanta aceptación han recibido nuestros lectores. Pongo por título á mi novela el del antiguo castillo en cuyo centro y á cuyas inmediaciones acaecieron los principales sucesos de que vamos á ser cronistas.

Y lector, si dijeres que es cuento,
Como me lo contaron, te lo cuento.....

II.

En una pobre y miserable venta situada entre unas altas rocas y no lejos de la pequeña población de Canet, se hallaba una pobre mujer que cuidaba de dos niños que eran

casi de una misma edad, empero de carácter sumamente opuesto y diferente condición. Aquella mujer no siempre se había visto reducida á la misera condición de posadera. Poseía en otro tiempo sobre la frontera de Francia y en el territorio de Gerona, una casa y algunas tierras. Arruinada completamente por su marido, que se había alistado en una banda de aventureros, se vió también abandonada por éste cuando iba á ser madre. Sola, sin recursos, abandonó su casa y se refugió al abrigo de una parienta lejana en las inmediaciones de Gerona, donde dió á luz un niño que vivió muy pocas semanas.

No teniendo que pensar mas que en sí misma, y no queriendo abusar de la hospitalidad de su parienta, que además era también muy pobre, iba ya á marcharse cuando la casualidad la deparó un inesperado recurso.

En una quinta inmediata á la choza en que se albergaba, vivían retirados un hombre joven todavía con su mujer. Creíase que eran algunos prosritos de los muchos que entonces había por las continuas revueltas que agitaban á Cataluña. Aquella mujer, á la que jamás había visto, fué madre algunos días después que ella. Su hijo era débil y enfermizo, y le criaba ella misma. Era su segundo hijo; empero un día parece que fué descubierta la mansión de los prosritos y se vieron obligados á huir precipitadamente, siéndoles imposible el llevarse consigo aquel niño, á quien seguramente hubieran matado las fatigas del viaje.

Un día aquel extranjero, que dijo llamarse Molinet-Sarriá, fué á rogarla para que se encargase de la crianza de aquella criatura, en lo que consintió con alegría. La entregó una fuerte suma de dinero, prometiéndole mandarle sucesivamente otras, y que si con sus cuidados llegaba á restablecerse la salud del niño y conservarle la vida, cuando viniese á recogerlo un día, pondría en sus manos mil ducados de oro.

Esta promesa indicaba que aquel hombre debía de ser un gran señor.

La entregó la mitad de un anillo de oro roto en dos pedazos para que sirviese para reconocer al niño, debiendo entregarlo en su día al que le presentase la otra mitad.

El cielo bendijo los esfuerzos de la pobre mujer, y la salud de la enfermiza criatura se afirmó y restableció de tal manera, que no ofrecía peligros para el porvenir. Este era uno de los dos niños que tenía aquella mujer, y al que por lo débil de su constitución llamaban Enriquito, para diferenciarlo del otro, que también se llamaba Enrique, y que era tan robusto como de avesas inclinaciones.

Este niño tampoco era hijo suyo, era un huérfano que había adoptado, porque recorriendo con su madre, viuda de un jefe de aventureros, mendigando el país, había muerto un día en que la recogió por caridad en su cabaña, y muerta la madre guardó consigo el niño, á quien no quedaba mas amparo que el de la Providencia.

Pronto tuvo que arrepentirse de su buena acción. Aquel niño, á medida que crecía, iba demostrando las mas perversas y terribles inclinaciones.

Era casi de la misma edad que Enriquito, el hijo de Molinet-Sarriá. Lo había criado y educado lo mismo que á él; pero Dios había impreso sobre su frente un sello muy distinto. Diríase que eran un verdugo y una víctima que vivían juntos.

Nada sabía la buena mujer que había recogido á ambos niños acerca de la clase, fortuna y de la condición de los padres de Enriquito.

Estos habían cumplido exactamente sus promesas. Un

fraile anciano de la orden de San Francisco venia de vez en cuando todos los años á ver al niño, y traia puntualmente una cantidad suficiente para su manutencion y la de su nodriza y su marido.

La nodriza, que se llamaba Juana, y que vivia, gracias á la crianza de Enriquito, con alguna holgura, vió un dia llegar á su marido, el que le hacia padecer mucho, y al que la pobre mujer, á pesar de su detestable conducta, recibió con alegría, porque le habia amado mucho en otro tiempo y porque le ofrecia enmendar su conducta en lo sucesivo.

Por algun tiempo cumplió su palabra; pero habiéndose retrasado por mas de un año la vuelta del fraile franciscano que acostumbraba á traer el dinero de la crianza de Enriquito, el aventurero Pedro volvió á tomar su carácter violento, y sobre todo trataba con dureza al desgraciado niño.

En vano Juana, su excelente mujer, le exhortaba á tener paciencia, y hasta le hizo consentir en abandonar su antigua cabaña y comprar aquella venta ó posada situada entre los montes, y á donde, por lo regular, solo concurrían gentes sin oficio ni beneficio, aventureros y sayones, antiguos compañeros de Pedro.

Juana tenia un hermano llamado Luis que servia en las tropas del conde de Girona, y que vino á verla á su venta. Con él habia llorado la infeliz Juana, y contándole las penas y disgustos que le ocasionaba el carácter bárbaro de Pedro.

El mismo dia que habia llegado su hermano á la caída de la noche entraba Pedro en su casa medio borracho y sentándose en una mesa de la venta dió sobre ella grandes golpes con la mano, gritando:

—Mujer, pronto de beber, que traigo el gaznate seco y vacío el bolsillo y aguardo á unos amigos.

—¡Amigos! Sabes que no me gustan tus amigos.

—Patrona, gritó Pedro, volviendo á golpear en la mesa, pronto vino para toda la banda ó por vida de Barrabás que lo hago todo pedazos.

Entonces se adelantó Luis y tocándole ligeramente en el hombro le dijo:

—Poquito á poco, ¡compadre Pedro!

—¿Quién es este miserable que se atreve?... dijo Pedro volviéndose repentinamente, pero al reconocerle exclamó ¡eres tú, Luis!

—Sí, Luis, el hermano de tu mujer dispuesto á defenderte contra ti y á sustraerla, si quiere, de la miserable vida que la estás haciendo pasar.

—¡Hola! ¡hola! ¿Con que te ha ido con cuentos? ¿Es verdad; Juana, que quieres abandonarme? ¿Dónde habias de encontrar un hombre como yo? Si tu hubieras querido hubieras participado conmigo de mi vida errante y mi buena fortuna, porque con un solo negocio basta para llenar bien la escarcela.

—¿Un buen negocio? ¿Pues en que te ocupas? le dijo Luis.

—¡Por vida de Satanás! hago mi oficio, soy soldado aventurero.

—¿Aventurero? dijo Luis con disgusto.

—¿Y qué diablo quieres que sea un hombre de armas en estos tiempos de revueltas? Es preciso sacar partido de su tizona.... y esta no es maleja, no trata mas que de matar á picaros. Con que vamos, Luis, ven y echaremos un trago.

Juana habia entretanto colocado sobre la mesa vasos y un jarro de vino. Invitó á Luis á que le acompañase á beber, pero éste lo rehusó. Bebiendo despues un vaso de vino se dirigió á su mujer y la dijo:

—Dime, Juana, ¿durante estos dos dias no has visto al fraile?

—¡Ay, no! Contestó Juana dando un suspiro.

—Pues entonces es preciso que vayas al convento de San Francisco y sepas si fray Anselmo está de vuelta como el año anterior para la novena de las ánimas, porque es preciso concluir con esto. Es demasiado el tener que mantener dos chiquillos á los que no tienen con que mantenerse á si mismos, y si el uno de los dos rapazuelos no paga por el otro, por el diablo que les doy un puntapié y hago que se larguen los dos con viento fresco á otra parte.

—¿Tendrias corazon, le contestó Juana, de abandonar á esas pobres criaturas?

—Abandonarlas no, podemos venderlas á los gitanos.

—Pues de un momento á otro los padres de Enriquito pueden venir á reclamar á su hijo y darnos los mil ducados prometidos.

Pedro echándose un fuerte trago, contestó:

—¡Sí! desde el tiempo que ha pasado tal vez se habrán muerto.... estoy seguro que el señor Molinet, como le llama Juana, era un partidario de Conrado, el antiguo conde de Girona, enemigo del conde de Palas, el señor actual de Girona.

—Si así fuese, dijo Luis, mal haria en aventurarse en venir aquí, porque el conde de Palas ha resuelto hacer la guerra á todo trance á Conrado su competidor, y hasta ha puesto á precio su cabeza.

Entonces levantando el vaso Pedro, exclamó con feroz alegría:

—Vamos, gracias á Dios que hacen algo por nosotros.

—¡Virgen santa! ¿te atreverias á prestarte á semejante crimen? exclamó con ansiedad Juana.

—¿Prestarme? ya lo creo, y con muchísimo gusto. Si en eso hay crimen allá se las avendrá el conde de Palas. Cada uno está á su negocio: el suyo es pagar, el mio ganar concienzudamente el dinero, lo mismo que un soldado cumple con su consigna....

—Calla desgraciado, le interrumpió Luis, ¿qué te atreves á decir? El soldado combate á la luz del dia, cara á cara, con peligro de su vida: ¡defiende á su pais, su pueblo, su familia! su triunfo es la salvacion de los suyos, y su muerte constituye su gloria. Deja de comparar la noble espada de un soldado con el puñal de un cobarde asesino.

Entonces sacando Pedro su puñal gritó con ferocidad:

—Ahora verás si soy cobarde....

Juana, interponiéndose entre los dos, procuró calmarlos haciendo ver á Pedro que Luis era su hermano, y á éste que aquel se hallaba medio borracho.

A duras penas logró que Pedro envainase su puñal y dejase marchar libre á su hermano.

Este al despedirse le dijo:

—Tranquilízate, Pedro, me marchó, pero pídele á Dios que no te encuentre á tí y á tus dignos amigos en mi camino; á esos amigos que veo venir ya hacia aquí, porque á otros menos bribones hemos colgado en las encinas del monte.... con que á Dios!

Dió un abrazo á su hermana y se salió de la venta, verdadera guarida de bandidos.

Juana llamó á los dos niños, los cogió de la mano, porque no estaba tranquila nunca sino cuando los tenia á la vista para cuidarlos, y se dispuso para ir como le habia mandado su marido, al convento de los frailes franciscanos de Canet, para adquirir noticias del padre fray Anselmo, que todos los años solia por aquel tiempo venir á pasar unos dias en aquel convento.

A poco rato de haber salido su mujer y mientras Pedro continuaba echándose entre pecho y espalda, sendos tra-

gos, entró en su casa Collpartí, un hombre alto, especie de bandido que por tener en el cuello una larga cicatriz le habían dado el apodo de *Collpartí* ó Cuello partido, nombre con que le designaremos en nuestra historia. Venía acompañado de algunos otros aventureros, y habiendo dejado uno á la puerta de la posada, para que espíase si algun viajero venia, se sentó con los demás á la mesa donde estaba Pedro, con el que estuvo departiendo largorato, durante el cual el contenido del jarro se renovó tres veces.

Fué el tema de su conversacion el discurrir los medios de ganarse los quinientos escudos de oro que el conde de Palas, que se habia apoderado malamente del condado de Girona, ofrecia por la cabeza de su competidor el conde Berenguer.

Aquella posada era un punto muy conveniente para el objeto de los bandidos. Situada sobre la única senda que por entre aquellos montes conducia á Francia, á cuyo pais era probable se dirigiese el proscrito, acordaron entre sí, Pedro detener por astucia ó por fuerza á cualquier hombre que á su posada llegase, mientras Collpartí con sus aventureros espíaba la montaña y exploraba los alrededores.

Bebieron á la salud del conde de Palas que tan generosa recompensa ofrecia por la muerte de su competidor. Despues salieron todos de la venta muy contentos creyendo cada cual oír ya en su escarcela el armonioso sonido de los quinientos ducados de oro.

Solo se quedó sentado aun en la mesa y delante del jarro de vino, Pedro meditando, como muy esencial, los medios de precaverse contra la humanidad de su mujer. Temia el codicioso aventurero que la buena alma de Juana le impidiese hacer lo que él llamaba un buen negocio. Al cabo de dar mil vueltas en su cabeza á su proyecto, resolvió que si el fugitivo llegase á presentarse en su venta no encontrase caballos en su cuadra, para lo que iba á ocultarlos, obligándole así á que continuase á pié su camino, y este modo de caminar por medio de las montañas lo juzgaba difícil y peligroso..... Pedro no tenia odio, ni razon para aborrecer al pobre conde Berenguer, habia abrazado una mala profesion y trataba de ejercerla sin que tuviese el menor remordimiento de conciencia. Dominado por una sórdida codicia hacia callar en su corazon los instintos de la humanidad que de vez en cuando se dejaban sentir en él.

Ocupado se hallaba tan profundamente en sus pensamientos, que apenas advirtió la entrada en la venta de dos viajeros.

Parecian estos en su traje mercaderes franceses, aparentaban volver á su país, y tratando de descansar un momento tomaron asiento delante de una mesa.

Al verlos, Pedro los observó atentamente, y les sirvió un jarro de vino y un poco de carne asada que pidieron.

Guardaron profundo silencio los dos viajeros, mientras tomaban su frugal refrigerio, hasta que el uno de ellos preguntó al ventero si aquel sendero conducia directamente á la frontera de Francia.

Con la respuesta afirmativa de Pedro comenzaron á hablar en voz baja y entre sí los dos viajeros, y al poco rato el uno de ellos se salió de la venta.

Pedro entró en sospechas por la pregunta anterior y la marcha del viajero, y pensó para sí, si alguno de aquellos dos hombres seria el proscrito á quien buscaban, y así se determinó á preguntarle, al que habia permanecido en la venta, si su compañero no volvia con él tambien á Francia.

—Si tal, le respondió éste; pero quisiéramos antes encon-

trar á una buena mujer que ha de vivir cerca de aquí, y que nos inspira un vivo interés.

—Quizá podria yo, contestó Pedro, ayudaros..... ¿Cómo se llama esa mujer?

—Juana.

—Es mi mujer.

—¿Vuestra mujer? Qué ¿seriais por ventura?....

—Pedro Manresa.

—¿Vos!....

En aquel momento volvió el viajero que acababa de salir, y en voz baja le dijo al que habia quedado en la venta:

—Cuidado, señor, que el ventero es uno de esos aventureros que andan en vuestra persecucion; mirad lo que haceis.

—Silencio, le contestó tambien en voz baja el otro viajero.

Pedro, que estaba observando atentamente todo, continuó su interrumpida conversacion, diciendo:

—¿Qué teneis que hacer vos con mi mujer?

—Mi nombre debe traeros algunos recuerdos.... Molinet-Sarriá.

—¡Molinet-Sarriá!.... ¿Luego sois vos el que habeis conñado hace seis años á Juana?....

—Un niño en la cuna.

—Eso es..... contestó Pedro lleno de alegria. ¡Molinet-Sarriá!....

—¡Ah!.... ¿eso ya es otra cosa!....

—¿Existe todavia ese niño?

—¡Yaya si existe!

—¡Alabado sea Dios! contestó Molinet lanzando un suspiro

—¿Y vendreis á recogerlo?

—Hemos hecho espresamente para eso este viaje, y aqui teneis la prueba de su reconocimiento.

Y al mismo tiempo enseñó al ventero la mitad de un anillo de oro.

—¡Bien, muy bien!.... contestó Pedro, pero eso solo no me basta.

—¿Pues cómo?

—Juana me ha hablado de unos mil ducados de oro.

—Se os contarán inmediatamente.

—¡Ah, señor mio, qué alegria!....

Pero contentándose despues repentinamente, añadió:

—¡Qué pesar! es lo que he querido decir... ¡Pobre criatura! ¡Es tan interesante y lo quiero tanto! Ya comprendereis, lo hemos criado..... ¡soy su padre putativo! pero, en fin, ¿cómo ha de ser!.... pues lo quereis.

—¿Dónde está?

—Juana acaba de salir con él, pero no tardará..... aguardadla aqui un momento, señores.

—Os confieso que tengo prisa por marcharme.

—Ya lo creo, los caminos no están nada seguros, y la montaña está cubierta por los agentes del conde de Palas.

—¡Ah! ¡ah! ¿A quién persiguen? preguntó con aire indiferente Molinet.

—Al señor conde Berenguer, cuya cabeza han puesto á precio.

Estremecióse el compañero de Molinet, y mirándole espresó en sus ojos el sentimiento que le causaba aquella noticia.

—¿Qué teneis, señor mio? le preguntó Pedro, para quien no habia pasado desapercibido su terror.

—Por eso se asombra..... se apresuró á decir Molinet; ¿con que el conde Berenguer ha vuelto á aparecer en este pais?

—Sí, sí, contestó Pedro; y en verdad, os diré que cuando entrásteis aquí, creí al pronto que uno de vosotros era él.

—¡No está mala la broma! ¡un padre que viene buscando a su hijo! dijo con aire burlon Molinet.

—Ya lo veo..... dijo Pedro, no es igual; pero el compadre tiene todas las trazas de un amigo del proscripto.

—¡Voi! contestó Olesa.

—No tengáis cuidado: yo no tengo que habérmelas sino con el conde Berenguer. Solo aspiro á los quinientos ducados, y si tengo la dicha de ganarlos, echándole la mano, este dinero, con el que me traeis, me hará estar como el pez en el agua. Pero mi mujer tarda mucho y voy á ver si la veo venir, aquí podeis aguardarme echando un trago, presto vuelvo.

Salióse Pedro y quedaron solos los dos viajeros, los que en voz baja comenzaron á ocuparse de lo espuesto y crítico de su posición. Les era preciso á todo trance, y lo mas pronto posible, ganar la frontera de Francia. El conde de Berenguer habia sido engañado al volver á penetrar en Cataluña desde el punto de Navarra en donde habia encontrado un asilo, porque sus partidarios del condado de Girona no se habian levantado en su favor como le habian prometido al presentarse entre ellos. Estaba impaciente por recobrar á su hijo, y aun mucho mas que él la condesa su madre. Lo que acababan de saber desconcertaba el plan de su fuga. Convinieron, pues, en dividirse. La condesa en traje de aldeana y llevando en sus brazos á Alberto, su hijo primogénito, debía dirigirse por el Ampurdan á Francia. Olesa debía proteger este viaje yendo á buscarla al punto del bosque á donde hasta entonces habian permanecido ocultos. El conde debía de volver á la venta á buscar y recoger su hijo, marchando luego á reunirse todos en Perpiñan.

Volvió Pedro, impaciente de no haber encontrado á su mujer, y los dos viajeros quedaron acordes con él en que volvería uno de ellos al anochechar á recoger el niño y entregarle los mil ducados de oro. Encargaron al ventero el mayor sigilo sobre su llegada, diciéndole que razones de familia les obligaban á proceder con la mayor reserva posible.

Pedro que, cuando se trataba de dinero no le gustaban los curiosos, prometió callar.

Marcháronse Molinet y Olesa: Pedro, que en aquella misma mañana hubiera vendido su alma al diablo por diez ducados, se estasiaba con la fortuna de mil ducados que le llovían del cielo, y pasaba en su imaginación revista á los placeres que con ellos creía procurarse. Gozaba en perspectiva con las orgías, el vino, el juego y las lindas mujeres con que pensaba pasar sus días. Proyectaba quemar su venta, y bien repletos de oro sus bolsillos, irse por esos mundos en busca de placeres y de alegres aventuras.

Mientras divertía su imaginación con estas ideas y fantásticos proyectos, Juana su mujer no parecía, y comenzaba ya á impacientarse, cuando un confuso rumor de voces y de gritos que pedían socorro en el campo, y á las inmediaciones de la venta, llamaron su atención.

Aprestábase ya á salir á ver lo que era, cuando su mujer se precipitó en la venta pálido el rostro, desgredado el cabello, en desorden sus vestidos, seguida de unas aldeanas y clamando á voz en grito «socorro, socorro,» corrió á su armario, lo abrió con violencia y dando sábanas y ropas á las aldeanas, les dijo:

—Tomad trapos, y marchad corriendo.

—¿Qué hay? preguntó asombrado Pedro.

—Un horrible accidente, ¡pobre niño! ¡pobre Enriquito!

—¿Enriquito dices?

—Herido, moribundo, muerto tal vez á estas horas, acaban de traerlo aquí.

—¿Qué! ¿el hijo de Molinet-Sarriá?

—Sí, el mismo..... déjame marchar.

—¡Por Satanás que me has de pagar su muerte! cuéntame lo que ha sucedido.

—Serénate, no te encolerices, no ha sido culpa mia. Había ido al convento de los frailes franciscanos á preguntar por el P. Fr. Anselmo, y mientras yo estaba hablando con el prior, los dos chiquillos se habian quedado jugando en el terrado del convento, cuando oigo un grito desgarrador..... y acudo corriendo..... ¡qué horrible espectáculo!..... Enrique, que sabes las perversas inclinaciones que tiene, habia empujado al otro, y le habia tirado por encima de la barandilla del terrado..... El pobre niño estaba en el suelo todo ensangrentado y con la cabeza rota. Lo levanto, lo llevo conmigo, á mis gritos acuden..... El P. Fr. Anselmo está á su lado, pero no tiene esperanza ninguna.....

—¿No hay esperanza ninguna?

—¡Pobre niño! contestó llorando Juana; Dios me perdone el haberle dejado solo con el otro, conociendo lo malo y perverso que es.

—¿Con que es decir que es Enriquito?... y el otro Enrique, ese tunantuelo, ¿es el que ha ocasionado la desgracia?

—Si por aquí ha debido venir huyendo, dijo Juana, y se habrá escondido en algun rincón de la venta.

—Oye, Juana, ¡ese niño no puede morir! es preciso que no muera..... tú no sabes lo que hay..... pero corre á ver si puedes salvarlo.

—Dios te lo pague, dijo Juana al marcharse, ¡cómo Dios no haga un milagro, perdido está el pobre niño!

—¡Perdido! dijo para sí al quedarse solo Pedro, perdido el hijo de este Molinet.... que viene á rescatarle.

Lleno de ira al ver perdido su tesoro y desvanecidas sus halagüeñas ilusiones, trató de vengarse de aquel demonio del infierno, que bajo la figura de un niño echaba por tierra todos sus planes. Púsose á buscarlo casi resuelto á matarlo, y lo encontró temblando, acurrucado, y escondido debajo de un pesebre en la cuadra..... iba ya á levantar su mano sobre él, cuando rápidamente cruzó por su cabeza una idea, que aplacó de repente su cólera. Reflexionó que Molinet-Sarriá no conocía á su hijo..... que no lo habia visto desde su nacimiento. Enrique, aquel huérfano, hijo de una mendiga y que habia recogido su mujer, era de la misma edad que el otro.

Oyó de repente gritos y sollozos fuera de la venta que le confirmaron en la muerte del niño..... y vió que entraban su cadáver y lo colocaban en el cuarto del lado de la derecha. Su pobre mujer lo siguió llorando.

Entonces concibió el plan que se proponía ejecutar.

La noche iba ya tendiendo su negro manto sobre la tierra, y el ventero aguardaba tranquilo y sosegado la llegada de Molinet Sarriá.

Este, despues de haber puesto en seguridad á la condesa y á su querido hijo Alberto, corrió presuroso á la venta con el alma llena de alegría y de esperanza para recoger el mas jóven de sus hijos y depositarlo en los brazos de su madre.

Halló á Pedro y le preguntó si habian traído á su hijo.

Respondió afirmativamente Pedro: y Molinet le mostró sus deseos de hablar á Juana.

—La he alejado de aquí, contestó Pedro.
 —¿Por qué?
 —Ya comprendéis..... el momento de la separación la haría muchísimo mal.
 —¡Pobre mujer!.... hubiera querido, sin embargo, darle gracias por sus maternales cuidados.
 —Yo lo haré por vos.
 —Venga el niño, porque no hay instante que perder..... he creído ver en la oscuridad algunos hombres de mala catadura, rondando por las inmediaciones de la venta.
 —Son mis compañeros..... quiero decir, bandidos que no son tan escrupulosos como yo..... y que robarían y matarían al primer viajero que llegase..... pero antes de un cuarto de hora podréis haber traspuesto la montaña.
 —¿Podrías proporcionarme un caballo?
 —Tengo uno enteramente listo.
 —Os lo pago en cien ducados.
 —Cien ducados, y mil por el niño, son mil y cien ducados cabales.

—Trato cerrado..... contestó Molinet. ¿Qué ruido es ese? añadió, sorprendido después, porque en efecto se oía fuera de la venta un sordo rumor como de un pelotón de gentes que se aproximaban á ella.

—¡Qué diablos! contestó Pedro, ellos son.... los bandidos, ocultos por un momento.

Iba Molinet-Sarriá á dirigirse al cuarto del lado izquierdo de la venta, precisamente en el que había visto Pedro que habían entrado al niño muerto, cuando se detuvo espantado de la idea de ocultar al padre al lado del cadáver de su hijo, y cerrando el cuarto con llave, que se guardó, cogió de la mano á Molinet y lo dirigió á un cuartito de la derecha en donde le dijo que encontraría á su hijo.

Allí entró Molinet lleno de felicidad y abrazó á un niño, que encontró lleno de miedo y temblando.

Aquel era el pequeño verdugo de su hijo.

Apenas se había ocultado Molinet cuando entraron en la venta Collparti y sus camaradas preguntando á Pedro si no había visto á nadie, porque ellos habían notado que un desconocido sospechoso andaba por los alrededores de la venta, y creían haberlo visto entrar en ella.

Pedro dispuso las sospechas de los bandidos manifestándoles que en efecto, algunas personas de la vecindad habían entrado en la venta aquella tarde á causa del accidente que le había ocurrido á uno de los hijos de Juana.

Era muy natural esta disculpa, y expresada con la mayor sangre fría y serenidad.

Marcháronse con esto satisfechos Collparti y los suyos para apostarse en las montañas, resueltos á que fuese el conde de Berenguer ó cualquiera otro viajero el que por allí pasase, pagase su rescate.

Pedro respiró libremente al verse solo, porque temía y con razón, que si aquellos bribones hubiesen llegado á descubrir al hombre honrado que allí tenía oculto, se hubiesen apoderado de los mil y cien ducados que tan legítimamente creía pertenecerle.

Abrió la puerta de la derecha y sacó del cuarto á Molinet que había cogido en sus brazos al niño que creía ser su hijo. Entregó éste á Pedro una bolsa en que le aseguró hallaría cabal la suma convenida, y tomando el caballo ensillado que le presentó Pedro admirado de que el niño no se quejase porque sin duda el cansancio de las emociones le habían hecho dormirse ó el miedo le hacía callar, le dijo á este:

—No sé si volveré á veros alguna vez, pero el cielo os recompensará de haberme vuelto mi hijo.

Metió espuelas al caballo y salió por la puerta de la venta, alejándose de ella á todo galope.

En la puerta del lado de la derecha que había cerrado Pedro con llave al irse á ocultar Molinet, se oyeron repetidos golpes; era Juana que desolada salía llorando la muerte del pobre niño, al lado de cuyo cadáver había permanecido casi sin sentido largo tiempo, y que al volver en sí venía á buscar á su marido.

—Consuélate, mujer, la dijo Pedro, á mi también me parte el alma la muerte de esa pobre criatura..... ¿Qué se ha de hacer? al fin y al cabo no era nuestro hijo..... consuélate..... mira: ¡aquí hay oro! ¡mucho oro! ¡muchísimo oro!

—¿Oro?... ¿y de dónde te viene?

—¡Mira! y al mismo tiempo la dirigió hacia el fondo de la puerta de la venta.

—Un caballero que corre á todo galope á caballo.

—El padre de Enriquito.

—¿Su padre? ¿Molinet-Sarriá?

—El mismo, que ha venido á buscar á su hijo.

—¡Dios mío! y tú le has contado.....

—Nada.

—¿Cómo!

—¿No lo adivinas?

—¿Qué has hecho?

—Le he devuelto su hijo.

—¿Cuál?

—Enrique.

—¡El asesino de su hijo!

—Lo ha abrazado..... y marcha mas alegre y contento que un verdadero padre.

—¡Infeliz, exclamó aterrada Juana, ¿engañarle así? es un crimen.

Por toda respuesta Pedro se puso á contar sobre la mesa las monedas de oro, diciendo.

—¡Un crimen! ¡Vaya! le he ahorrado á él una gran desesperación, y á ti te he desembarazado de un tunantuelo, y á ese bribón precóz destinado con el tiempo á la horca le he hecho un rico heredero, sin contar con que con esto hemos ganado muy honradamente mil y cien ducados de oro..... mira tú si puede haber en el mundo una acción mas buena y meritoria.

Juana se dejó caer de rodillas y estendiendo los brazos hacia el cuarto de la izquierda donde se hallaba el cadáver de Enriquito, exclamó con el mayor dolor:

—¡Pobre y querido niño! tu asesino va á ocupar tu lugar.

Pedro entretanto continuó contando tranquilamente su dinero. Después de contado y sin hacer caso del dolor en que veía sumergida á su mujer, dijo con la mayor frialdad:

—¡La cuenta está cabal! Mujer, vámonos á dormir.

(La continuación en el número siguiente).

EL CONDE DE FABRAQUER.

DE LA RUSIA Y DE SU GRANDEZA.

Los escitas, los sármatas, los tártaros, pueblos muy poco conocidos en los anales de la antigua historia, y en su mayor parte nómadas, dieron origen á tres Estados: la Rusia, la Polonia y la Turquía. La última es parecida á un enfermo, que corroidas sus entrañas por un cáncer interior muy

inveterado, lucha aun con la muerte; la segunda, abrumada de miserias, recuerda con dolor la valentía de sus héroes, y la espada invencible de Sobieski, que libertó a Viena del alfanje del fiero Otoman; la primera tiene bajo su cetro cerca de 70 millones de habitantes, y vá realizando los vaticinios del ilustre autor de los Anales de Italia, del célebre Muratori, que compara la Rusia á un oso, que desde las orillas del Neva y del Volga estiende sus patas delanteras hasta Constantinopla, y amenaza á toda Europa.

En 1648 las Potencias no quisieron conceder en el tratado de Westfalia el título de ALTEZA al czar (1) Alejo Miguelewitz, esto es, Alejo, hijo de Miguel, porque le consideraron mas bien como un kan (2) de pueblos semi-bárbaros, que como un verdadero monarca de una nacion civilizada. Pero su hijo Pedro, que ha trasmitido gloriosamente su nombre á los venideros con el título magnífico de GRANDE, dió á conocer á las Potencias, que el génio crea los Estados, y hoy la Rusia impera en Asia, en Europa y en el otro hemisferio; hoy la Rusia, calificada de bárbara en el tratado de Westfalia, se ha erigido á civilizadora de muchos pueblos asiáticos; hoy la Rusia es una Potencia ante cuyo trono se inclina con la cabeza descubierta é hincado de rodillas el Otoman; hoy la Rusia es una Potencia, que disputa su grandeza y su poder á la indomable Albion en las Indias, y en América, hoy, en fin, la Rusia es una Potencia, cuyo porvenir no está al alcance de la diplomacia, ni de la humana inteligencia adivinar.

En un breve artículo de muy cortas dimensiones, y propio de la índole de este periódico, no podemos bajo ningun concepto dar á los lectores un epitome de la historia de Rusia, nos limitaremos, pues, á consignar algunos de sus hechos, que merecen ser reproducidos en estas páginas.

Las constituciones primitivas político-religiosas de los antiguos rusos están envueltas en tinieblas muy espesas, y sabemos únicamente, que las recibieron de los eslavos, los cuales comienzan á figurar en la historia á mediados del primer siglo de nuestra era. Pero escritores de mucha nombradía afirman que los eslavos se establecieron al O. del Volga quince siglos antes de la venida de nuestro Redentor divino. Sea como fuere, lo cierto es, que la fusion de ambos pueblos fué tan completa como la de los bárbaros septentrionales con los pueblos de raza latina. Es de notar, sin embargo, que estos últimos, lejos de perder los elementos de su antigua civilizacion, despojaron paulatinamente de su rudeza á los bárbaros; y los hijos de ambos pueblos se convirtieron todos en pueblos neolatinos. No sucedió lo propio con los rusos, porque, lejos de dar una civilizacion á los eslavos, la recibieron de ellos; y á la Rusia, regenerada por esos pueblos, se la consideró como una nacion enteramente eslava.

Entre las muchas vulgaridades de que están atestados los libros de escritores superficiales, figura en primer término, hablando de los rusos, la de que no tuvieron verdadera civilizacion ni literatura antes del czar Pedro el Grande. La historia, fundada en hechos reales y positivos, y no en vanas y fútiles conjeturas, desmiente este aserto, desplegándonos á la vista, el mapa político de Rusia anterior

al mil: la estension de su comercio, el lujo y la magnificencia de sus principes, las guerras de los rusos contra los polacos y los emperadores de Constantinopla nos dan á conocer que su civilizacion estaba muy avanzada en la época á que aludimos, y que era tal vez superior á la de otras muchas naciones del Norte. Su literatura no era muy estensa; pero tenia decididamente el timbre asiático, porque los eslavos de raza indo-germánica dieron su carácter y colorido á la civilizacion y literatura rusas.

Algunos eruditos creen que los rusos primitivos conocieron y usaron los caracteres rúnicos (1); pero esta opinion no tiene en su abono monumentos nacionales, y se funda únicamente en el hecho de que otros pueblos de raza indo-germánica, como los eslavo-rusos, emplearon en sus inscripciones caracteres rúnicos. Nosotros, pues, no vacilamos en afirmar, ateniéndonos con preferencia á la opinion de doctos filólogos, que los antiguos rusos no conocieron mas caracteres que los eslavos. Toda su literatura, desde el mil hasta el siglo XII inclusive, se compone de canciones populares, de proverbios, de fábulas y de cuentos tradicionales, atestados de imágenes gigantescas, de metáforas atrevidas y de hipérboles, cuya magestuosa é imponente exageracion es un reflejo muy fiel del estilo oriental, propio de todas las primitivas razas indo-germánicas. En esa época la única produccion, que merece el título de obra, es el poema sobre las valerosas empresas de Igor I, hijo de Rurik, fundador del imperio ruso, y cuya dinastia acabó en 1584. Ese poema es comparable bajo varios conceptos al del Cid campeador: la historia está hermanada con la fábula, y todas las guerras y grandes empresas de Igor llevan un tinte que tiene algo de sobrenatural. En ese poema se notan muchos anacronismos; figuran héroes rusos, que no se encuentran en ninguna historia, y sus formas son enteramente asiáticas, lo que confirma nuestro aserto de que los rusos mucho antes de Pedro el Grande tuvieron una civilizacion propia; y este czar no hizo mas que inocular una nueva civilizacion, que fué la europea, en el ánimo de sus súbditos, obligándoles tambien á afeitarse sus largas barbas, distintivo propio de los asiáticos y no de los europeos.

La Rusia en sus tiempos primitivos fué dividida en grande-principados, y el mismo Rurik no tuvo mas título que el de Gran-príncipe ó Gran-duque. Pero en ese vasto imperio sus cedió lo que en Francia, en Inglaterra, en España y en otros reinos: su territorio fué engrandeciéndose con las guerras y las conquistas; todos sus principados se refundieron en uno solo, y hoy el imperio ruso se nos presenta como un gigante de formas colosales, que apoya una de sus plantas sobre el continente asiático, otra sobre el europeo, y que

(1) Este nombre dado á los antiguos monarcas rusos, se supone derivado de la palabra *César*, y el primero, que le llevó fué Iwan IV despues de haber sacudido el yugo de los tártaros en 1547.

(2) Es el nombre que dan á sus jefes y principes los mongoles y tártaros nómadas.

(1) Los caracteres rúnicos, usados por los antiguos escandinavos, que habitaban la Dinamarca, Suecia, Noruega y una parte de la Alemania, se componian de líneas verticales y horizontales, muy prolongadas. En algunos parajes de esos mismos paises se encuentran todavia letras rúnicas. Pero á pesar de que los filólogos nos hablan repetidas veces en sus escritos de alfabeto y lengua rúnicos, no queremos dejar de advertir lo que sigue. La lengua rúnica, cuyo alfabeto se compone de diez y seis letras, se empleó únicamente en algunas inscripciones y no en obras de mucho volúmen; los eruditos y doctos filólogos ignoran su origen, y finalmente no podemos decir mas á los lectores sino que la palabra *rúnica* se deriva del vocablo godo *run*, que significa *cortar*, porque las inscripciones rúnicas se grababan sobre piedras.

tiene sus brazos tendidos y sus ojos clavados hácia el nuevo hemisferio.

La primera y mas antigua capital de toda la Rusia fué Kiew, hasta el año de 1037, y conservó este mismo título hasta el siglo XII, pero sin grandeza ni lustre, y mas adelante lo perdió, porque guerras destructoras y grandes incendios la desolaron en términos que se vió sucesivamente ocupada, sin medios de defensa, ya por los lituanos y polacos, ya por los tártaros. Entonces fué declarada capital Mos-

cow, y los czares con toda su corte establecieron en ella su ordinaria residencia, hasta que Pedro el Grande mandó edificar en 1703 la ciudad de San Petersburgo sobre el Neva, la cual es hoy una de las mas magníficas de la Europa moderna. Pero á pesar de que esta ciudad imperial atrae sobremanera las miradas de los extranjeros por la mucha regularidad de sus trescientas calles, por sus plazas muy espaciosas, por sus ciento sesenta puentes sobre el Neva, por sus nobles y majestuosos palacios, por su gran teatro,



Vista del Kremlin en Moscow.

por su universidad, por sus academias científicas y literarias, por sus templos, y principalmente por la basílica de San Isaac, y por su catedral edificada á ejemplo é imitación de la de San Pedro en Roma, á pesar de todo esto, los rusos miran siempre con particular afecto y cariño á Moscow, y la consideran como una ciudad santa por sus antiguas reminiscencias, y por haberla visto sacrificada como víctima expiatoria en 1812 sobre el altar de su monarquía para salvarla de la invasión francesa.

Esta ciudad antes de haber sido presa de las llamas.

ofrecia un aspecto todo asiático, cuyos restos aun conserva, como nos dan un claro testimonio de ello sus innumerables cúpulas verdes ó todas doradas, y muy parecidas á las que adornan las pagodas (1) de la India, sus campanarios, que tienen algo de chino, y otros edificios hoy restaurados. Pero

(1) Esta palabra, que se deriva de dos vocablos indios ó chinos, que significan *ídolo* y *templo*, se ha aplicado por algunos pueblos idólatras del Asia Superior á los santuarios de sus falsos dioses.